

AKADEMOS es una revista semestral. De amplio espacio editorial, para la publicación de trabajos inéditos de investigación, artículos de análisis, reseñas y opinión, en los distintos tópicos de las ciencias, la tecnología, las artes y la cultura.

El último capítulo del existencialismo. Un ensayo

Matías Romero Coto (QEPD)

Lic. en Historia. Teólogo

Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades (CICH)

Universidad Doctor José Matías Delgado

San Salvador, El Salvador, Centroamérica

Fecha de Recepción: 23/02/2024

Fecha de aceptación: 30/03/2024

Ego enim iam delibor et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavis, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona iustitiae...

(Yo ya estoy para ser sacrificado, y se acerca mi despedida. Participé en el buen certamen, cumplí mi carrera, guardé la fe. Lo que me queda ahora es ir a recibir la corona de la justicia...)

San Pablo, *Segunda Carta a Timoteo*, 4:6-8

Llave para entrar

El título que encabeza este pequeño ensayo de divagación filosófica, “El último capítulo del existencialismo”, no es un intento de corregir y completar la multivaga filosofía de ciertos existencialistas, no todos pero sí bastantes, que andan extraviados en la soledad que ellos mismos se han fabricado. Nuestro trabajo es algo más sencillo y más serio, menos divagado

y más teológico que filosófico. Es que se nos ha ocurrido aprovechar un texto de San Pablo que afirma todo lo contrario del derrotismo nihilista de la incredulidad.

La palabra de San Pablo es la exaltación de la fe y la exaltación del triunfo que recibe el merecido premio. Es la gloria de la razón que resucita después de haberse inmolado en la crucifixión de la fe.

I. El hombre que no le falló a Dios

El primer hombre que le falló a Dios fue Adán. Después las fallas y los incumplimientos se han venido repitiendo en los descendientes hasta formar una cadena que tiene su lógica de consecuencias y constituye la historia de la humanidad. La excepción en esa línea de infidelidades han sido los santos, de todas las épocas y de todas las culturas, los cuales se han puesto de parte de Dios y han sobresalido en la geografía de la historia como pararrayos de la justicia divina y como torres de comunicación por donde han descendido del cielo las palabras de la sabiduría y los dones de la bendición. Así ha podido continuar la humanidad hacia su destino siguiendo una dirección en la que el bien ha prevalecido sobre el mal y la normalidad sobre las desviaciones. Poderosa ha sido la razón natural que Dios ha puesto en el cerebro humano.

El método practicado por Dios en el acompañamiento de la caravana humana ha sido el de tolerar los cambios de las ocurrencias de los líderes de los pueblos, por respeto a la libertad por Él mismo concedida, proponiendo su nuevo proyecto en vez del rechazado por el hombre. “No quieres por este camino por el que yo quería, pues te acompañaré en esa otra ruta que tú has preferido”. Así, después del pecado original, en vez de la inmortalidad, vino el proyecto de la redención mediante la Encarnación de Cristo.

En el plan primero del Dios hecho hombre era evidente, si seguimos la línea de la Sagrada Escritura, que Cristo contaba con el pueblo

de Israel y que este pueblo, por el privilegio de ser el pueblo escogido, estaba llamado a ser el instrumento religioso-social-político para la salvación del mundo. Hay aquí lugar para que la imaginación se figure cómo sería un pueblo de Israel líder del mundo y Jerusalén como sede de la fe cristiana. Este plan falló por el rechazo que hicieron los judíos.

La redención, que no tenía por qué ser un acto cruento sino limpiamente un acto de suma misericordia, se convirtió en una escena teatral macabra de tortura y crucifixión del redentor encarnado. De parte del hombre un acto de odio, mientras que de parte de Dios seguía siendo el más sublime amor. Estamos en el calvario, a tres días de distancia de la resurrección.

Lo que después vino fue la Iglesia fundada por Jesucristo como el nuevo pueblo de Dios sin distinción de judíos y no judíos. Todos los pueblos son un solo pueblo de Dios.

Llegados hasta aquí, ¿cuál es la actual situación? Ha sucedido y sigue sucediendo un nuevo cambio con la continua persecución contra la Iglesia Católica por medio de múltiples religiones que brotan en toda la superficie del planeta. ¿Cuál será o cuál está siendo la reacción de Dios y cómo es su actitud actual? Parece una actitud de tolerancia y de misericordia, de búsqueda de coincidencias y hasta de cooperación y solidaridad, tratando de evitar el choque con las nuevas religiones. Supuestamente la religión verdadera es única, pero no, eso no lo comprende la mente moderna.

La Iglesia establecida por Cristo es la verdadera, la católica o universal, es decir, única. Pero no, ahora no es única sino que se ve acosada por múltiples y extrañas religiones nacidas de la libertad que da lugar a la extravagancia. Dios parece reírse de la tontería religiosa humana y a todos los espera. Todos los caminos de alguna manera, a trancas y barrancas, conducen a Dios.

No obstante las reflexiones anteriores, quizás demasiado negativas e irrespetuosas, justo es añadir que en el paisaje multicolor de la historia humana se distinguen y se lucen numerosas ejemplos de bondad, de rectitud, de heroísmo y de santidad, ante los cuales se deleita la mirada de Dios, pues es Él mismo el que los crea, los propicia y los enriquece con cualidades especiales. Son los *vasa electionis*, los vasos o instrumentos apropiados y elegidos para obras prodigiosas que Dios tiene predisuestos.

Un caso muy especial, verdaderamente especial de esos vasos de elección es Saulo de Tarso, el que, cuando iba gallardo en su caballo, camino de Damasco, era el perseguidor de los cristianos y cuando después de caer derribado por el rayo de la mirada divina y levantándose ciego del suelo, era ya otro, era el *vas electionis*, el apóstol de las gentes. No traducimos el *gentes* latino como gentiles sino como gentes o naciones de todo el mundo. Era San Pablo el apóstol universal, el apóstol por exclusiva y por antonomasia. Nada de raro tiene que un personaje de tal categoría cumpliera a cabalidad su misión y terminaron de la manera triunfal que él describa en la citada epístola a Timoteo.

Ningún otro personaje de la historia, que nosotros sepamos, ni santo ni sabio ni conductor de pueblos, ha terminado de manera tan triunfal y satisfecha. Además lo dice y lo deja escrito como testimonio de lo que es un hombre que se pone completamente en las manos de Dios. En pocas palabras describe la trayectoria de su vida, su carrera, su misión, su obra, a lo cual añade la certeza de que Dios lo espera con el premio de la corona de la justicia.

Aplicables a la antropología filosófica general, tres son los aspectos o componentes que San Pablo distingue en la vida del hombre.

Primero, el trayecto histórico geográfico y biográfico personal. Es el marco, el escenario del drama. Segundo, la misión, la cual es única y la misma para todo hombre que viene a este mundo: vivir, conservar y defender la fe. Tercero, la lucha y certamen, la pelea cuerpo a cuerpo con los enemigos de la fe que se topan a cada rato. Entre esos contrincantes el peor es el de la nada del existencialismo negativo. Es la carcoma de la nada corroyendo y la roca del ser.

Lo que llama la atención en San Pablo y casi nos causa temor y distanciamiento es su petreo criterio radical que algunos podrían calificar ahora de fundamentalismo. Ya San Pedro, que no era filósofo ni intelectual, advierte en su segunda carta que en los escritos del “amadísimo hermano” hay puntos difíciles que los indoctos pueden tergiversar. Pero no hay que caer en el error de incomprender el carácter extraordinario del Apóstol, el cual,

por otro lado, estaba dotado de un corazón sumamente sensible y cariñoso con sus hermanos en la fe. Su celo riguroso era para conservar impoluta la pureza de la doctrina y el tesoro de la fe. Con razón dijo al final de su vida: *fidem servavi*.

En los siguientes capítulos vamos a ver cómo existen en la vida del hombre esos componentes que menciona San Pablo al hacer la recapitulación de su vida, con miras a la cuenta final que debe rendir ante el justo juez.

En el primer capítulo miraremos la vida, con ojos paulinos, como un certamen o sea una pelea y competición que frecuentemente termina en guerra. Los que entran en esa contienda lo hacen en un ring o cuadrilátero, mejor dicho, en el campo abierto del mundo que es el escenario donde Dios ha soltado a toda la humanidad, a todas las razas y culturas, mientras Él se mantiene arriba como observador y árbitro. Es el *iustus iudex* a cuyos pies brillan las coronas de la justicia con que se premiará a los que hayan vencido en el certamen de la fe y hayan estado pendientes de la venida del Señor.

En el capítulo siguiente hablaremos de la misión que Dios le ha encomendado al hombre. Esa misión es la de vivir, conservar y defender la fe. La identificación vital, radical, racional y total con la fe es la actitud correcta, la verdaderamente existencial y esencial.

Después de conocer y reconocer la tesitura normal y positiva de los hombres de fe que son los hombres de bien, les pondremos

atención y cuidado a los que discutiendo y contrariando el proyecto divino, fornido de realismo gnoseológico, se plantan con una reacción negativa y desconfiada. Es la posesión de esa fuerza que los metafísicos modernos llaman *nada* y no simplemente nada sino *la nada*, distinguiéndola con ese artículo que la precede y le da casi señorío de ser. Tal respuesta de rebeldía o de indolencia, entre las muchas filosofías modernas, está representada y teatralizada por la reina del existencialismo negativo y destructor, enredado en un verbalismo contradictorio.

Cuando usamos la expresión “último capítulo del existencialismo” no nos referimos a que esa moda de hacer filosofía que ya se acabó o que está en sus últimas manifestaciones. En realidad, los daños y las huellas del nihilismo han quedado como llagas y heridas en el psiquismo social, aunque después hayan venido muchos otros sistemas en inacabable sucesión. Así es la incansable mente humana. Lo que queremos decir con lo de “último capítulo”, basándonos en las palabras de recapitulación de su vida que hace San Pablo y que nos sirven de epígrafe, es que efectivamente la vida humana se desarrolla en una carrera, en un curso o trayecto y que ese desarrollo es un certamen que tiene por tema la fe o la incredulidad. Los hombres de fe le son fieles a Dios y cumplen su misión. Por eso decimos que San Pablo cumplió su misión y la terminó triunfalmente. No le falló a Dios. En cambio, los que no se mantienen firmes en la fe viven oscilamente, dominados por la duda y enfermos de tristeza. En eso terminan los conceptos mal entendidos de existencia, de

esencia y de ser. En eso termina el ser humano cuando vive sin darse cuenta de qué es y para qué es el hombre.

II. El certamen

Milicia es la vida del hombre

Job 7:1

Cuando San Pablo nos dice que ha participado victoriosamente en el buen certamen, nos vienen a la memoria las palabras de Job, “milicia es la vida del hombre” (7:1). Entre el patriarca del Antiguo Testamento y el Apóstol del Evangelio, añadidas las variaciones de los traductores bíblicos, hay una concurrencia de palabras que aportan sus respectivas formas etimológicas y sus contenidos conceptuales para ayudar a desentrañar el sentido de la vida del hombre. Las palabras son varias pero tienden a la sinonimia: curso, carrera, servicio, milicia, prueba, competencia, agonía. Todas estas ideas andan alrededor de la palabra griega *peiratérion*. El curso suena como el lugar o el camino que se recorre. La carrera es el acto del que corre. Es actividad y agitación, como el continuo trajín de la necesidad. La palabra servicio, en algunas traducciones se interpreta como trabajo asalariado, en otras no solo como servil sino, peor todavía, como vil. Es una apreciación despectiva y existencialista del quehacer humano. La milicia es a veces el servicio militar y en otra traducción, la de Torres Amat, es la “perpetua guerra”. Esta situación triste y Arárgica tiene también su palabra de sabor existencialista: agonía. Finalmente las palabras prueba o competencia es más suave, real y deportiva.

Todo esto es la vida humana y está expresado en los textos de Job y de San Pablo.

La humanidad entera está enredada y engrescada en un certamen. Allí países, razas, culturas, idiomas y religiones. El espectáculo tiene su aspecto bueno, teatral, agradable y productivo. Tenemos que aplaudir a los actores y artistas.

Lo que debe preocupar a los filósofos de la historia y a los antropólogos es que en el quehacer de la humanidad y en la interrelación de las naciones no existe unidad de pensamiento ni un proyecto común que tenga sentido y sea visible. Cada uno le reza a su santo, como dice un dicho popular. Cada nación le hace altares a sus ídolos. Los intereses son múltiples, propensos a la competencia violenta y expuesta continuamente a terminar las guerras. Guerras después de guerras, una tras otra. Los hombres son una especie antropófaga, bien que es de notarse, en la sucesión de los cambios de las costumbres, un decepcionado cansancio de las guerras y una búsqueda del diálogo y los medios razonables para resolver los conflictos, alejándose cada vez más de la barbarie primitiva. En otro libro, titulado “La mujer”, este servidor ha escrito un capítulo con la contundente afirmación de que “el mundo se está feminizando”, es decir, está dándose cuenta de lo brutal y suicida de un machismo salvaje basado en la soberbia y en la falta de razonamiento.

Se cree que ser hombre es ser bruto, mientras se sobrentiende un desprecio de la mujer y de su virtud típica de la dulzura. Por el contrario,

es una gran verdad que es saludable para la humanidad el fortalecimiento del poder de las mujeres.

El certamen de la existencia, además de ser una competencia entre individuos, afanados en sobresalir, se da también en el ser íntimo de cada individuo, como un problema de desajuste y falta de equilibrio ontológico. El hombre, cada individuo, es un conjunto de tendencias dispares y que viven en continuo desacuerdo. De ahí que, recurriendo a fórmulas latinas se ha dado en calificar al hombre y a figurarlo con caras diferentes. En unas imágenes es el *homo oeconomicus*, en otras se le pinta como homo faber. Después aparece como *homo sapiens*, diferente del *homo ludens*. Por último, se nos presenta el formal y serio *homo Dei*, el hombre de Dios empapado de sentimientos religiosos. Hablemos de cada uno de estos retratos del hombre.

El hombre fundamental, original, genético, biológico, es el *oeconomicus*, es de la *oikia*, la casa y casa quiere decir muchas cosas: vivienda, hogar, amor, familia, genealogía, patria. El hombre fundamental, el *homo* que viene de *humus*, está adherido a su origen, a la tierra, como un esposo y la hace producir, transformando los bosques en ciudades. Esto es lo que se llama civilización, riqueza y, si me lo permiten y alguien no se indigna, también se llama capitalismo.

El capitalismo, la riqueza o conjunto de bienestar y comodidades, es hijo del trabajo, pero el trabajo tiene también otro hijo que es el arte. El capital es riqueza, el arte es belleza.

Al artista o autor del arte, al fabricante de algo que intenta superar a la naturaleza, es al que llamamos *homo faber*. También le podemos llamar hombre de cosas, en latín *homo rerum*, completando otra trilogía que describe los temperamentos: hombre de cosas, hombres de ideas y hombres de hombres, según vivan de relaciones sociales, del manejo de cosas materiales o del mundo teórico de las ideas. Allí los intelectuales, los de la acción social y los del arte y el trabajo de las manos. Dicho en formulas latinas: *homo rerum* (de cosas), *homo idearum* (de ideas) y *homo hominum* (de hombres).

El *homo faber* o fabricante, que hemos identificado como artista, llamado por sublime vocación al culto de la belleza, puede también mantenerse en la línea horizontal del goce de la vida. Es el *homo ludens*, que no necesariamente ha de tacharse de trivial o vulgar. Al contrario, está en el pleno derecho de la normalidad y del uso de las cosas cotidianas manejándolas como objetos de diversión y deporte. La idea de la vida como actividad deportiva tiene mucha sustancia filosófica.

Del *homo sapiens* ya se ha ocupado bastante la literatura universal y lo de *sapiens* es un *doctorado honoris causa* que el mismo hombre se ha colocado como corona sobre su cabeza. Aquí lo que queremos añadir es que la *sapiens sabiduría* tiene, sobre la pista de la superficie encefálica una elevación más y un levante por el que se escapa a la dimensión del supermundo.

La muerte como huida del alma que se escapa de un cuerpo que ya no le cumple es un aspecto nuevo de la existencia al que debemos dedicarle mayor atención. Es un tema que ha descuidado el existencialismo. Es la relación cuerpo y alma y en la huida del alma saliéndose del cuerpo es donde se nos revela el misterioso del drama y certamen de la vida. Ya advertimos que la competencia social e histórica de los seres humanos, tanto los individuos como las naciones entre sí, no es tan dramática como la que vive cada corazón en su ser individual. Es la interacción alma y cuerpo, el matrimonio ontológico en el que es el alma la que lleva la parte viril y que por eso recibí los nombres de ánimo y de espíritu, de tal manera que el cuerpo es el elemento pasivo que mejor debe llamarse “la carne”. Así entendemos el catecismo cristiano cuando nos dice: “Los enemigos del alma son tres: el demonio, el mundo y la carne”. Podemos expresar el drama con otras palabras: “Los grandes amigos del alma son tres: Dios, el cuerpo y la humanidad”.

Tal vez un uso mal comprendido de los conceptos de la vida cristiana le ha dado demasiada injerencia al demonio. Por todo lo malo culpamos siempre a la fea criatura mientras el pobre diablo no se da cuenta de todo lo que hacemos, a no ser que arbitrariamente le endilguemos y otorguemos el cargo de contralor de la conducta humana. Cuidemos también de los muchos otros enemigos. A nuestro cuerpo o, mejor dicho, nuestra carne, atendámosle su salud y embellecimiento, que se lo merece en su débil estructura de huesos y de músculos, de nervios y de sangre. Cuidado,

que también es un enjambre de pasiones y de sexo exigente. ¡Cuántos ratos buenos le debemos a nuestro mullido y consentido cuerpo! La carne necesita de carne. Tenemos que evitar los excesos de gazmoñería y de una austeridad que puede dañar la salud y tiene visas de masoquismo.

La conducta normal del hombre común y corriente sigue una secuencia lógica y un desarrollo orgánico. Vamos a verlo en una figura que se nos ha ocurrido y que llamamos pentágono ontológico del ser humano.

Sentamos el pentágono sobre uno de sus lados y observamos que de ambos extremos de esa línea que sirve de base parten hacia arriba otras dos líneas que son los lados segundo y tercero, uno a la izquierda y otro a la derecha, las cuales se miran mutuamente aparentando separarse pero que luego quiebran la dirección hacia dentro para juntarse en medio y dar lugar a dos lados más, el cuarto y el quinto, formando la figura completa del pentágono. La unión de las dos líneas en la parte más alta sugiere la forma de un techo.

Abajo en la base está sentado el hombre fundamental, básico cabalmente, el *homo oeconomicus*. El lado de la izquierda es para la segunda fase del hombre, el *homo faber*, y el del lado opuesto, el derecho, es el *homo ludens*, el hombre que juega. De en medio de la línea que va del *faber al ludens*, de la izquierda a la derecha, parte otra línea hacia el lado cuarto, donde se halla el *homo sapiens*, cuya línea se une a la quinta dirección que es la del *homo Dei*.

En la figura que hemos dibujado hay una dinámica, una lógica viva, una ingeniería. La vida del hombre funciona mecánicamente como un organismo, cuyo punto de partida es la casa, el agro, el hogar, el amor, la familia. Luego las dos funciones del trabajo y del juego se complementan. El trabajo y el deporte, la agricultura y el estudio, el campesino y el profesional, el industrial y el artista, el ingeniero y el médico actual sincrónicamente. En la labor conjunta se ve el certamen, la exhibición de las diferentes habilidades y la coordinación que termina en una bella y colosal arquitectura. Frecuentemente los constructores de la torre de Babel, que aún no está terminada, creen que luchan unos *contra* otros y no es así. La realidad es que, se den o no se den cuenta los constructores y diseñadores, están trabajando unos *con* otros, unos *por* otros y otros para otros, a pesar de que haya un adagio tonto que dice que nadie sabe para quién trabaja.

III. La fe

No escribo esta confesión de fe con el estilo y la presunción de un teólogo que va a hacer gala de textos bíblicos y de escritos de sabios católicos, bien que me asisten en la memoria el capítulo penúltimo de la epístola de San Pablo a los Hebreos y el vigoroso artículo “Creyeron” del libro Ciencia y Literatura, en el que el sabio humanista padre Juan Bertis describe las inauditas proezas de valor tanto de ilustres teólogos como de débiles doncellas y enfermos ancianos que, fortalecidos por la fe en Cristo, se opusieron a los soberbios poderes del mundo. No. Yo, que no soy

doctor en teología ni en Sagrada Escritura, a pesar de haberme amamantado en el seno de la Santa Madre Iglesia, recurro ahora a la fuente humilde que también me alimentó en mi niñez, el riachuelito claro que bajaba de los pinares, agua que tenía virtud bautismal porque había sido enriquecida con las enseñanzas de los misioneros de la doctrina cristiana. Es una fe auténtica, tal cual se practica y se platica en el ambiente folclórico de nuestra tierra.

Hay un libro famoso que escribió el cardenal arzobispo de Baltimore, Estados Unidos, Jaime Gibbons en 1876. Se titula “La fe de nuestros padres” y los padres a los que el autor se refiere son los Padres (con mayúscula) de la Iglesia, aquellos personajes que por su antigüedad, por su santidad, por su sabiduría y por el reconocimiento que como tales les ha otorgado la Iglesia son tenidos como principales testimonios y confiables referentes de la doctrina de Cristo transmitida por los apóstoles. Nosotros, el autor y sus benévololectores, vamos a entender por nuestros padres, además de los históricos mencionados, a nuestros progenitores biológicos, los que nos dieron nombre y apellido mientras nos persignaban y nos llevaban a la Primera Comunión. En esa lactancia bebimos nuestra fe.

Pero había algo más en la lactancia espiritual que nos daban nuestros padres. Era algo más que la herencia religiosa que se nos transmitía por tradición y que ha venido operando en nuestras vidas por su propia virtud sobrenatural. Ese algo más no es sobrenatural: es natural. En lo natural hay también una fe, es

decir, una fuerza, una corriente de sangre, una vibración de nervios, un titular de luz, una inquietud de espíritu, una voz de pensamiento que se convierte en palabra. Allí cada pueblo, cada raza, cada cultura, cada familia, cada individuo, todos tienen lo suyo y aportan su modo de entender la vida. Descendiendo hasta el individuo, no es exagerado decir que cada hombre es el universo.

De agradecerse a la divina providencia es el hecho de que un don tan precioso como el de la fe, tanto la natural como la sobrenatural, nos haya sido transmitido por nuestros padres con el acto sencillo de persignarnos en el rostro y con el acto sacramental de llevarnos al bautismo. Así tan sencilla y casi inconscientemente se continuaba el cristianismo de generación en generación, de padres a hijos, en aquellas montañas donde reinaba el analfabetismo.

Nuestros sencillos campesinos serán analfabetos, pero no son incultos. Tienen su cultura. La cultura, la sabiduría natural, el sentido común esencial, son otra cosa y no hay que confundirla con los conocimientos técnicos (ahora ya no cerebrales sino digitales) de la vida actual mecanizada y deshumanizada. La sabiduría esencial, el arte de vivir, son otra cosa, anteriores y superiores a los signos de la escritura.

La fe, que como el idioma se nos transmite en la leche materna, es un conjunto de valores, de verdades, de sentimientos y de tradiciones que constituye una estructura o sistema que tiene unidad y es una energía en acción.

La fe es una fuerza que sostiene al universo. Lo sostiene y lo mantiene, lo alimenta y lo hace sentirse feliz. ¿Acaso eso quiso decir el sabio griego que imaginó al mundo como un ser animado, un gran organismo, un cuerpo con alma? Dejemos a la historia de la filosofía esa formidable imaginación y afirmemos, más bien, que Dios mismo es el que vive en su creación, la mueve y la alegra. Llamémosle fe a ese “espíritu que aletea sobre las aguas” (Génesis) y que nos hace sentirnos felices, inundados del infinito amor.

Las consideraciones que acabamos de hacer las vemos confirmadas y apoyadas en argumentos cuando, bajando de lo teórico y abstracto, ponemos los ojos en el inmediato derredor y no solo en lo exterior que nos acompaña siempre sino en nuestro propio cuerpo que es una caja de herramientas listas y previstas para el viaje de la existencia. ¿Quién y cómo es que nos ha equipado tan previsora y primorosamente?

Si nos fijamos en los seres de la creación, en los millones y millones de especies y de variedades en los dos reinos que preceden al racional, hallamos una inteligente previsión y un cariñoso detallismo maternal que nos ha puesto en la caja del cuerpo y en los vericuetos escondidos del cerebro los órganos del movimiento y las ideas del razonamiento. Cualquiera sea la dificultad que intente detenernos, ahí están las herramientas y los estuches, las llaves y hasta los arietes, los razonamientos y los recursos legales para derribar los obstáculos. Díganlo, si no, las diferentes culturas abriéndose paso por mares y montañas.

He aquí la base ontológica de nuestra fe fundamental. He aquí la esencia de la existencia. He aquí la raíz de la gloria de las flores y del salón de los frutos. Por eso camina el hombre con la cabeza erguida, los pies firmes, los brazos ágiles para el trabajo y las manos inteligentes para crear las bellezas del arte.

Pero más admirable que la belleza de la arquitectura anatómica que hemos descrito es la utilería de conceptos y de sentimientos que Dios ha puesto en la conciencia del hombre, formando con todos esos elementos la base inmovible de la moral natural y de la ley que me muestra libertad con la voluntad de Dios. Es ese gran libro de sabiduría fundamental y una maquinaria en que cientos de instrumentos, de ruedas, de tornillos, de agujas, de Oémbolos, de tuercas de martillos, de sierras y de muchas otras piezas de raras formas que responden a todas las posibles e inverosímiles circunstancias por las que nos hace pasar la vida y que se enlazan y se mueven impulsadas por el combustible de la tendencia al bien. La tendencia al bien es el *ebán vitad* de que hablaba Bergson. Es el aceite lubricante que agiliza el engranaje de las acciones y de las intenciones. Es la subconsciencia que mueve a la conciencia y la inconciencia que mueve a la subconsciencia. Es la esencia que mueve a la existencia.

Dotado y equipado el hombre con tantos dones y herramientas de prevención, precaución y preparación, ¿de qué se puede quejar y cómo puede protestar de que su amo y protector lo haya enviado al mundo con una misión que cumplir? ¡y qué confianza la que

Dios tiene en el hombre para que le haya dado una responsabilidad tan delicada!

Feliz y agradecido debe sentirse el hombre con ese cuerpo que el divino escultor le ha tallado. ¡Qué instrumento tan útil, qué vehículo tan veloz, qué arquitectura tan bella! ¡Sí, sobre todo, qué belleza! El cuerpo del hombre, del varón, es una obra de arte, como lo prueban los Apolos y las Venus de los griegos y el Moisés y el David de Miguel Ángel, pero sobre todo el cuerpo de la mujer, del cual los escultores y los pintores han dicho que es la síntesis de la belleza del universo.

En chocante contradicción con la grandeza y dignidad del cuerpo humano está la antigua tradición de una religiosidad y una religiosidad y una moral jurídica mal entendidas que, con el pretexto de exaltar la superioridad del alma, en realidad lo que han practicado ha sido un injusto desprecio del cuerpo tratándolo como pura materia y atribuyéndole la culpa del delito. La tergiversación de conceptos que aquí se comete es manifiesta. El pobre cuerpo carga con la culpabilidad de la voluntad libre que no radica en los órganos corporales sino en la propia alma que es espiritual. Las consecuencias han sido graves y se ha llegado hasta las crueldades y torturas penitenciales que son evidentemente contrarias a la sana razón y a la salud.

El cuerpo, el hermano cuerpo, como lo llamaba San Francisco de Asís, merece cuidados, gratitud, respeto y hasta un verdadero culto de veneración estética. Hablemos de esto que estamos llamando culto al cuerpo.

¿Acaso será necesario que demos aquí una lección de higiene y de cuidados elementales de salud? Que hablen mejor los médicos, los higienistas y los deportistas. Lo que a nosotros nos compete, a todos y en todo momento, es la gratitud y el respeto a nuestra figura anatómica, desde los cabellos de la cabeza hasta las uñas de los pies.

La mejor manera que la civilización ha encontrado para rendir culto al cuerpo ha sido la invención del vestido. La primera razón de tal invento fue la de proteger la desnudez contra los enemigos de la piel, comenzando con las inclemencias del ambiente y las picadas lacerantes y contagiosas de los insectos y de miles de pequeños animales; después eran más temibles todavía los animales grandes y monstruosos, carnívoros y mortíferos. Por último, el vestido terminó siendo el más artístico y costoso invento, sobre todo en la línea incontrolable de la imaginación femenina.

También, otro recurso son los uniformes y los distintivos de los miles de instituciones, sobresaliendo los ejércitos y las confesiones religiosas. Los uniformes y los hábitos, sobre todo en los vistosos desfiles y en las ceremonias, desempeñan un papel de elevada significación. Por medio de recamados ropajes y de llamativos colores se expresan las aspiraciones a lo más alto del poder, de la gloria, de la devoción y de la felicidad. Lo que no hay que perder de vista, de la vista que cala dentro de las más engalonadas superficies, es que bajo el complicado ropaje del vestido está el cuerpo y es a ese cuerpo al que se tributa la ostentación de los atuendos y de los símbolos.

Después de admirar los dones y privilegios con que Dios ha dotado a su criatura preferida, la conclusión que se desprende es que el hombre ha sido preparado por Dios con un propósito especial. Se nos viene la ocurrencia, con el permiso de Dios y que nos perdone el irrespeto de querer penetrar en sus secretos designios, de que lo que se propone con la dotación de tan poderosas cualidades a la criatura humana tan aparentemente débil es resarcirse de la mala conducta de los ángeles rebeldes.

Puede sonar demasiado megalómana la visión que se nos antoja de “la misión cósmica” del ser humano, pero es que estamos a la espera de acontecimientos aún más asombrosos que los que hemos visto hasta el presente y que nos atestigua la historia. Falta mucho todavía. El cosmos con sus esferas y estratósferas seta, invita y provoca al aventurero interestelar. Por de pronto, ya podemos dar por seguras las escalas y estaciones de la Luna y de Marte. Con el hombre hará Dios cosas más prodigiosas que las que tenía diseñadas tomando en cuenta la cooperación de los ángeles. Recordemos lo que afirma Santo Tomás de Aquino en su “Compendio de teología”, que el alma humana, después de la muerte y por medio de la resurrección, volverá a unirse con el cuerpo, que le es consustancial, o sea que entonces el hombre será un espíritu casi de la misma categoría que la de los ángeles.

IV. La carcoma de la nada

Los existencialistas le han dado categoría ontológica a la nada. La nada no es nada,

pero es algo. La nada no hace nada, pero hace algo. Lo que hace la nada es nadar, nadear y nadificar. Nada, del verbo nadar, en el abismo o piélago del caos original. Nadea, del inventado verbo nadear, o sea convertir algo en nada, destruirlo. Por último, el nadificar, otro neologismo, es edificar algo de la nada, lo contrario de destruir, con lo que a la nada se atribuye un poder creador.

Aunque el juego de palabras suene a un entretenimiento nada serio, que no dice nada, la realidad es que en el uso la nada tiende a solidificarse en algo, es decir, a ontologizarse. El no ser tiene ser de ser. En el ser se entiende que en el ser contingente, hay siempre una huella, una cicatriz, un vacío que es la presencia del no ser. ¿Acaso es que la nada es la madre del ser? No, por supuesto, pero el ser anda siempre con un vacío que necesita ser llenado. En la costilla, al ser le delhace cosquillas la nada, así como en el hombre, en el corazón, le hace cosquillas la mujer, la mujer que aún no existe, la mujer posible y necesaria, lo Eterno Femenino.

Nadar, nadear y nadificar con las tres cosas que hace la nada. Nada en las aguas del caos genesiaco, perseguida por el Espíritu que aletea en el mismo elemento. La nada no hace nada, solo nadar, cuando no tiene nada que hacer, pero en cuanto se le presenta la ocasión de la presencia del ser, trata de pegársele, de devorarlo, destruirlo, nadearlo o hacerlo nada o por lo menos disminuirlo y dañarlo, así como hace la carcoma en la madera. En cambio nadificar quiere decir edificar cosas que no son nada, que no valen nada. Son gestos que arañan

lo invisible, lo posible o imaginario. Son los famosos castillos en el aire.

Fijémonos con más cuidado en la nada que quiere nadear o hacer nada al ser. Es la carcoma que corroe al ser, así como ese animalillo diminuto de la familia de los coleópteros que se introduce en la madera y mordiéndola con sus tenazas produce un ruidito perceptible. Hay una leyenda que a esa carcoma la llama “el reloj de la muerte”, porque con su ruido incesante y modesto, como pinchazos o piquetazos que hacen temblar la madera, está macando los momentos que le quedan de vida a un anciano o a un enfermo. Cuando ese insecto insignificante convierte en polvo la más dura madera nos recuerda que polvo somos y en polvo nos convertiremos. Es para ponernos nerviosos y pensativos.

Dejando a un lado las comparaciones de mal gusto que convierten a la nada en un ser diminuto, vengamos a la realidad que es todavía de peor gusto y démonos cuenta de que el ser humano está continuamente asediado, molestado y carcomido por incidentes negativos que lo estorban y lo debilitan. El hombre ve que su ser es deficiente, incompleto y débil. Lamenta que no es todo lo que quiere ser, ni hace todo lo que quiere hacer. Siente la amenaza de su desaparición, sobre todo la desaparición total y definitiva de la muerte. Heidegger lo dijo en su vigoroso idioma alemán, *Sein zum Tode*, ser para la muerte, la nada degullendo al ser.

Los filósofos, metafísicos serios, dicen lo mismo en su lenguaje técnico. Distinguen

entre los seres contingentes y el Ser Necesario. Contingentes son las criaturas. El Ser Necesario, único, es el Creador. Los seres creados se llaman contingentes porque dependen continuamente de los demás seres contingentes, formando una comunidad a apoyo mutuo, y sobre todo del Ser Necesario. El ser de los contingentes puede también dejar de ser. Los existentes creados pudieron también no existir, no ser llamados a la existencia, aunque Dios Creador, que es serio y formal en sus designios, no va a quitarle la existencia a ningún ser creado. La existencia contingente está sujeta y expuesta a innumerables cambios, pero no a la total no existencia.

La continua contingencia de la existencia humana es motivo de tristeza y de inseguridad, siempre y cuando esta criatura no sea humilde y precavida para recurrir continuamente al apoyo y protección del misericordioso Creador que le dio el ser. Aquí radica la razón de ser de la sensación de soledad, desamparo y hasta desesperación y nihilismo. La expresión “no somos nada” se oye frecuentemente por muchos motivos. Efectivamente, nuestro ser es una mezcla de ser y de no ser, es decir, un ser que lleva pegada la nada como compañera. He aquí la seria razón de ser de la filosofía existencialista.

El error de la línea negativa y nihilista del existencialismo está en que se acobarda ante el fantasma del no ser y ante la carcoma de la nada, olvidando que el poquito ser que es el hombre es un ser indestructible y destinado a la gloria de una felicidad total y eterna en

el seno del Ser Necesario, Dios creados, generoso y misericordioso.

Justamente hemos llamado a nuestra meditación filosófica “el último capítulo del existencialismo” y también “el capítulo que le falta el existencialismo” porque el hombre que no reconoce y aprovecha la formidable riqueza ontológica de su existencia comete un suicidio metafísico y una negación de sí mismo. Somos polvo, es verdad, pero polvo de pólvora que solo necesita el filósofo de la fe para producir el relámpago que ilumina el universo y el trueno que hace huir a los fantasmas de la muerte y afirma el reino de la inmortalidad.

La vida del hombre, entre el ser y el no ser, dibuja un camino ondulado sobre la tierra, subiendo y bajando, en sucesivos ascensos y descensos. Su situación es de inseguridad, incertidumbre, inquietud e inestabilidad de ánimos. El trabajo del hombre es a la vez tarea, prueba, reto y experimento.

El hombre no se detiene en su caminar, aunque se mantenga en continuo cansancio, siempre avanzando y supuestamente mejorando, avance que unos llaman progreso y otra evolución o simplemente cambio. Nosotros, desde el punto de vista filosófico, vemos la cosa más seria y profunda. Es una situación de peligrosa ambivalencia. Trasladado el problema al tribunal moral de los méritos y deméritos, la situación del ser contingente es afectiva. ¿Es bueno o es malo el enjuiciado, digno de premio o de castigo? ¿Cuánto pesa y cuánto vale en la evolución de la balanza del juicio final? El hombre carga con esa pregunta

como un fardo que se lleva en la memoria. Es lo que venimos llamando carcoma de la nada o de la duda. Lo triste es que, mientras no llegamos a la muerte, no hay respuesta. La pregunta ¿qué es el hombre? se queda en pregunta. El hombre es una pregunta.

V. La corona de la justicia. Y la esperanza de la apokatástasis

Dejemos ahora los errores, fracasos y sufrimientos de la vida del hombre. No nos entristezcamos demasiado. Gocemos y agradezcamos lo bueno que tenemos y somos. Más aún, pensemos en la recompensa que nos espera. El premio será eterno, mientras que el castigo o purificación durará poco. Así lo esperamos de Dios que es misericordioso y perdonador.

El término justicia, tan importante y frecuente tanto en las sagradas letras como en la literatura profana, lo tomamos aquí en el sentido que tienen en dos textos del Nuevo Testamento, el primero en San Mateo 3:5 y el segundo en la segunda carta de San Pablo a Timoteo, 4:6-8.

En la escena del bautismo de Jesús en el Jordán, cuando Juan dice que es él quien necesita ser bautizado por Jesús y no viceversa, Jesús le contestó: “Déjalo así, pues conviene que cumplamos toda justicia”. Aquí justicia se refiere al decreto divino que tiene así dispuestas las cosas de la salvación del mundo. Esta justicia o voluntad de Dios antecede a todos los tiempos, viene desde antes y tiene que cumplirse. Es la justicia como mandamiento. Es la justicia que podemos

llamar anterior. En cambio, la justicia de que habla San Pablo es posterior, es después de la muerte y tiene carácter de premio o de castigo. Entre las dos justicias está la vida del hombre. Grandiosa perspectiva, estimulante verdad, atractiva promesa de ganancia.

La vida del hombre, la existencia de cada individuo, por apartado e insignificante que sea su hábitat, no es producto de un capricho o casualidad. Cada persona es hechura consciente de un artista cuidadoso y detallista, de un escultor que talló en el útero materno desde los pies hasta la cabeza, una estatuilla viviente digna de exponerse en una exhibición universal. Solo que la belleza y el éxito de esta obra de arte ya no depende del artista sino del aspecto que la talla viviente presenta después de haber recorrido el largo camino que va desde el útero hasta la sala de exhibición. ¿Cómo ha llegado el caminante? ¿Va bien o mal vestido? ¿Se ve enfermo o saludable? ¿Está completo y normal o sufrió algún accidente en el camino? Recuérdense aquí las palabras que le dijo al niño al sacerdote cuando lo bautizó. *Accipe Vestem candidam, quam perferas immaculatam ante tribunal Domini*: Recibe esta vestidura blanca, la cual presentes sin mancha ante el tribunal de Dios.

Se ve, pues, que estamos diseñados y tallados para lucirnos en una exposición. El artista divino quiere ganar aplausos con nuestra presentación.

Sin embargo, el hombre no responde a esta dignidad con que Dios lo ha revestido y equipado.

La mayoría ni siquiera se da cuenta de lo que vale. Se dedica a ser pura naturaleza, mera apariencia, espectáculo de los sentidos. Como Dios no se ve, ¿qué sentido tiene que nos tomemos y estimemos como criaturas e hijos suyos? Caminamos alegremente por la superficie de la tierra, viajamos y construimos ciudades, algunas monstruosamente grande y pensamos que esta situación va a ser para siempre, hasta que tengamos que detener drásticamente mediante una ley la población. A esas alturas ya habremos invadido otros planetas, quién sabe cuántos. Seremos dueños del firmamento. Habrá quizás una población flotante de vagabundos espaciales y de familias que vivirán cada una en una nave y más de algún loco él solito en una cápsula.

Perdónesenos la loca imaginación o perdonémosela a los científicos. Lo que sí es serio y no pocas veces lo hemos mencionado en nuestros escritores es lo de la llamada apocatástasis, término griego que asusta o que regocija. Se refiere a un plan divino escatológico que nosotros imaginamos y que nos viene desde los antiguos Padres de la Iglesia. Pero de esto hablaremos más adelante.

Ahora dediquémonos al presente, pues nos urge una voz que nos exige más atención a los pasos de nuestros pies y a la acción de nuestras manos. Lo que precisa es hacer correcta la obra que tendremos que entregar al final de la jornada.

Aquí arrancan los errores del existencialismo negativo y triston: error de origen y raíz, error de dirección y de intención, error de espíritu

y de sensibilidad. Si algo hay que corregir y curar, es aquí donde han de aplicarse la corrección y la medicina.

Al error primero y fundamental lo llamamos de origen y raíz, porque es el principio genético que nos viene desde Adán y ha tenido multiformes manifestaciones a lo largo de la historia. Es como si un viajero caminara por países extraños presentándose en los controles con un nombre falso. El pobre viajero termina por dudar de su identidad o por desconocerla completamente.

Con razón Max Sheller, en la introducción de su libro “La idea del hombre y la historia”, afirma que el hombre, después de haberse debatido en la historia, pasando por los más ingeniosos y raros sistemas filosóficos, religiones inventadas y culturas exaltadas, todos ellos empeñados en entender y decidir qué es y para qué es el hombre, ha terminado, desfallecido y defraudado, diciendo que “ya no se sabe lo que es”. Bueno, “ya no se sabe” supone la anterior afirmación de que antes sí se sabía. ¿A qué concepto se refiere este supuesto saber antiguo del hombre? ¿Al concepto tradicional bíblico-cristiano? En cambio interpretar que “aún no se sabe” abre las puertas a un nuevo esfuerzo que reta a la filosofía, a la ciencia y a los poderes sociales para continuar investigando lo que es el hombre, o lo que ha sido, o lo que debe ser. Mejor dicho: es un reto a *hacer al hombre*. Si no sabemos lo que somos es porque aún no somos lo que estamos llamados a ser. Nos estamos haciendo.

El estarse haciendo es una obra de arte. El hombre es el artista, el pintor y el escultor de sí mismo, lo cual supone que se tiene en mente un modelo, una idea, una intención y una dirección, elementos todos que no se encuentran si no se recurre al origen del hombre. Aquí nuevamente afirmamos que el error de las filosofías extraviadas está en imaginar que el hombre anda perdido en el planeta y que no sabe ni cómo fue echado aquí ni con qué fin o misión. Esta tremenda, colosal y terrorífica pregunta no solo es fantasmática y cosmológica, metafísica y escatológica, sino que se le hace a cada individuo, el más don nadie insignificante, cuando de repente se pregunta a media calle: Bueno, y yo, ¿Para qué estoy aquí? ¿A qué he venido al mundo?

Ese que piensa así, ¿está bueno de la cabeza? ¿Es un hombre normal? ¿Está enfermo? Quizá sí. Ese hombre, que somos cada uno, necesita medios, mejor dicho, un psiquiatra, un confesor, un director espiritual.

Al segundo error lo llamamos error de sensibilidad o error estético. Es el error del mal gusto, el desconocimiento de la belleza, el error del que se para ante el espejo y él mismo se hace mala cara. No se da cuenta ni de su importancia ni del buen aspecto que tiene su figura, su porte, su presentación. Es su imaginación y su psiquismo los que le fallan. Necesita mejorar su autoestima, recuperar su nombre del santoral y su apellido de familia.

Muy importante son estas reflexiones, filosofía de salón de belleza, consejos de psiquiatría, normas de relaciones humanas. La

gente de hoy padece una enfermedad que es pandémica, dolorosa y contagiosa. Se ve en los rostros constreñidos, apretados, oscurecidos y cabizbajos. La sociedad aparenta ser feliz, bulliciosa, comunicativa y activa, pero dentro de sí, en ese algo que hay entre los pulmones y el corazón, se esconde un ente sospechoso, desconfiado y temeroso, que envía mensajes y vibraciones de duda, de prevención y de inseguridad. Es un receptor y transmisor de alarma, de cautela y de prudencia. También es un vigilante de la moral natural y del sentido común. ¿Qué es eso, quién es ella o él? Es un ente que me hace recordar la *Sorge* o zozobra que aparece en la escena de la muerte de Fausto, en la obra de Goethe.

La impresión que nos queda es que la humanidad está débil y enferma y lo que necesita es una medicina nutritiva y regocijante. Un buen vino como aquel que se tomó en las bodas de Caná, fabricado en un instante por Jesucristo.

La humanidad necesita una sacudida espiritual, quizás una nueva aparición de la santísima Virgen María.

El tercer error, el de la falta de una correcta dirección en la ruta de la trayectoria de la civilización moderna, consiste en que la decantada e idolatrada evolución se ha vuelto demasiado científica y, peor todavía, demasiado tecnológica. El hombre de hoy, moderno o actualizado, está robotizado.

La pérdida de la naturalidad es lo de menos. Lo peor es que los ojos se llevan demasiado

pegados a la tierra y no miran al cielo. Se han olvidado las estrellas y hasta la Luna romántica de la poesía y del amor. Ya no se reza aquella oración que rezábamos cuando niños:

Luna, Luna,
Dame pan.

El hombre que camina con la conciencia segura y convencida de la grandeza de su destino y de la felicidad que le espera en la eternidad, camina feliz. El que no cree en ese destino va triste y temeroso, temeroso de lo peor, que es la nada. Porque el gran enemigo del ser, es la nada. Lo venimos repitiendo, como un lacrimoso lamento en el presente estudio. La verdadera e invencible alegría de la existencia humana está en que estemos conscientes de que caminamos sobre la palma extendida de la mano de Dios.

¿Y qué dice Dios? ¿Qué está pensando Dios? Perdónenos el Altísimo el descomedido atrevimiento que vamos a tener aprovechando que estamos como diminutas hormiguitas en las palmas de sus manos. Vamos a imaginar que entramos en el pensamiento de Dios y describimos el designio que tiene sobre la humanidad y sobre todo el universo. Lo oímos que se está riendo y eso aumenta más nuestra confianza.

El creador se recrea en su creación, pero no solo en el grandioso espectáculo de las constelaciones y galaxias sino sobre todo en los seres inteligente que las habitan y transitan. El ser por esencia, Luz de Luz, el que dijo *fiat lux*, se compadece de esas luciernillas que

parpadean vagando por los espacios y planea que un no lejano día, pues para Él nada es lejano, reunirá todas esas lucecillas pensantes y hará que brillen pirotécnicamente en los espacios exhibiendo su ingenio y su belleza. No se apagarán nunca sino que brillarán cada vez más.

Lamenta el Creador que en la multitud innumerable de sus criaturas hayan sucedido desviaciones que han merecido castigo. No es agradable para Él el sufrimiento de los condenados. Todo eso tiene que remediarse y la misericordia divina le pondrá fin. *Venid, volved*, les dirá a todos. Esa será la apokatástasis, que quiere decir restauración, recuperación, perdón universal.

Para no introducirnos en terreno difícil, reservado a los historiadores y a los teólogos, no vamos a intentar un recorrido del término, *apokatástasis* desde Orígenes y San Gregorio de Nisa hasta nuestro tiempo. Preferimos, sin más, usar la hermosa palabra y el importante concepto como un deseo y un recurso a la misericordia, a la sabiduría y a la bondad sin límites del Creador. Sí y sí. Esperamos que el Creador recoja y restaure su obra, desde las jerarquías angelicales hasta los diminutos insectos de la tierra, para juntar todas esas formas de vida en un solo himno de alabanza orquetado por las constelaciones.

Ya llevamos bastantes siglos de historia, de desgaste de la vida, de intentos de culturas y de experiencia de sufrimientos; ahora vienen los tiempos de la esperanza. Así lo sentimos y así lo ve nuestra imaginación cuando levantamos

los ojos a los días donde reina el Sol y a las noches donde nos sonríe la Luna.

Antes del acontecimiento universal de la *apocatástasis* había tenido realización y cumplimiento, en el minúsculo espacio que ocupa la humanidad, en este granito de arena que es la tierra, planeta que fue honrado con la bajada de la segunda persona de la Trinidad divina, habrá tenido realización el triunfo total de la divina persona humanizada, Cristo, en lo que los teólogos llaman *anakefaláiosis*. El Logos, hijo del Padre eterno, al solidarizarse con la humanidad, naciendo como hombre del vientre virginal de una mujer, María, asume a toda la humanidad y se convierte en síntesis de la historia y en acto final de todo el drama. Esto es lo que los teólogos afirman cuando dicen que Cristo es la *anakefaláiosis* o recapitulaciones de toda la humanidad, de todo el planeta con su historia y sus seres inteligentes y no inteligentes, orgánicos y no orgánicos, porque la tierra es el hombre, el hombre es la tierra y Cristo es el hombre y la tierra que habita. Cristo, con su divinidad y humanidad, es la razón de ser de todo.

Tenemos que entender que esa *anakefaláiosis* o manifestación de la total realidad que es Cristo no es aún visible sino que está realizándose misteriosamente en los acontecimientos de la historia. Somos un Cristo en pleno viacrucis, camino del Calvario o un Cristo en plena crucifixión, a la vez que resucitado. Son las dos cosas a la vez: un Cristo ya hecho, real y eucarístico, y un Cristo haciéndose, un Cristo suficiente, muriendo continuamente y esperando la resurrección. Solo desde

esta perspectiva sorprendente y horrorosa podemos comprender de alguna manera lo que es el hombre.

Ya acercándose la historia humana a la plena realización o *anakefaláiosis* de Cristo sucederán los acontecimientos que los escatólogos o teólogos del fin del mundo llaman “los últimos tiempos”. Para el caso estamos usando concretamente el lenguaje que usa San Luis María Grignión de Montfort en su libro “Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen”.

El más admirable de los acontecimientos de las postrimerías de la historia será el acrecentamiento y empoderamiento de la acción de la santísima Virgen María, quién se pondrá al frente de las huestes de un cristianismo audaz y valeroso. La Madre de Cristo llevará triunfante el estandarte de su Hijo, y se hará visible y efectivo su reinado.

Cuando hablamos del reinado preliminar no lo entendemos cronológicamente como precedente a la parusía, en cuanto que esta suele conllevar la idea de un juicio final inexorable en el que buenos y malos serán separados para siempre en dos mundos irreconciliables, el de la felicidad celestial y el de la *cettá dolente de la perduta* gente que dice Dante en el Canto tercero de la Divina Comedia. Esas cosas no las sabemos, solo las imaginamos con temblor y terror, pero sin perder la confianza en la divina misericordia, por lo cual invocamos la intercesión maternal de la Virgen María.

La idea de un reinado preliminar de María, como preparación del reinado final de Cristo, profecía proveniente de la devoción mariana exaltada de San Luis María, me ha obsesionado a mí desde hace muchos años. Es una posibilidad razonable dentro de la lógica de la teología católica. María, siempre humilde y callada, va adelante preparándole el camino a su Hijo. La devoción a la Madre de Dios, además, tiene un poder medicinal y consolador en estos tiempos de tecnología fría. La ciencia es poderosa, exacta, matemática e infalible pero implacable y cruel. La religión en cambio es un poder superior, sobrenatural, dulce, consolador y esperanzador. Dentro de la religión, la Virgen María es todavía más dulce y auxiliadora. Ella es el corazón.

Los tiempos actuales traen por ratos brisas refrescantes de esperanza y de ilusión que huelen a aromas de maternidad mariana. Es lo que el hombre moderno necesita. Nos imaginamos y anhelamos otra aparición de la Virgen María. Otra Lourdes, otra Fátima, otro Tepeyac.

Hay dos maneras de figurarnos el deseado reinado de María. La primera figuración es la que nos presenta al impulsivo San Luis María, un espíritu guerrero que ve una legión de santos predicadores, con un crucifijo en la diestra y un rosario en la izquierda, derrotando y aniquilando herejes, incrédulos, idólatras, protestantes y mahometanos. La otra forma, que nosotros preferimos, es contemplar a un pueblo fervoroso, encendido en la devoción a la Madre de Cristo, organizado pacíficamente con atinadas leyes y promoviendo la prosperidad

en todo sentido. El espíritu de la tolerancia y la hermandad cívica lograrán que los que andan por caminos errados en lo político, en lo económico y en lo religioso hallen las buenas soluciones en la concordia social.

No podemos imaginarnos de otro modo el reinado de María, la “reina y madre, vida, dulzura y esperanza nuestra”, como la invocamos en la Salve, oración que se dice fue redactada por un monje benedictino del siglo XI, llamado Hernán Contracto. Tiene que ser, pues un reinado de paz y de hermandad, de felicidad en las dos líneas, en la procesión de los alabados y en la manifestación de los adelantos de la civilización. No están reñidas las dos formas de la felicidad en esta vida.

La exaltación de la Madre de Cristo irá acompañada de la reivindicación de la mujer humana, la que desde Eva ha venido cargando con la frondosidad de la generación de los hijos, dando mucho más que recibiendo y demostrando, como lo han dicho los artistas, doctores de la estética, que “toda la belleza del mundo se resume en el cuerpo femenino”.

La alegría y el regocijo que producen las mujeres, generalmente reunidas, pues a las mujeres no les gusta andar solas, hace vibrar al mundo entero. Además, no se están calladas ni quietas. Ellas hablan, gritan, cantan, bailan y ríen, toreando, retando y provocando a los hombres. ¿Quién manda en el mundo? ¿De quién es el mundo? ¿Quién hace más y mejores cosas en el mundo? ¿Qué artistas, qué científicos, qué ingenieros y arquitectos, con todos sus edificios y laboratorios,

inventos y aparatos, se atreven a competir con el prodigio de la maternidad que hace hijos al arrullo de las canciones de una? Los hombres están empeñados en imitar a Dios Creador; mientras las mujeres con el mismo propósito están trabajando con el mismo Dios fabricando seres humanos en el secreto laboratorio del vientre.

La aparente frivolidad y alegría lúdica de las mujeres expresan a la vez una realidad y una necesidad profunda y elemental en la constitución de la esencia humana. La realidad es que lo esencial y constitutivo del hombre es el placer de vivir, el gozo de los elementos del compuesto cuerpo y alma, el disfrute mutuo que se proporcionan el espíritu y la materia, como quien dice el esposo y la esposa. Por la otra parte llamamos necesidad a algo que allí falta constantemente o solo se tiene en parte, en preguetación. El hombre está hecho y destinado para ser feliz y mientras no se identifiquen el deseo y su realización no será verdadera y completamente el hombre lo que puede y debe ser.

Aprovechamos el tema de la esencial tendencia del hombre hacia la felicidad para hacer una observación a la tradicional moral religiosa y ascética que ha exagerado el desprecio a “lo material” y al abuso que se ha cometido maltratando al cuerpo supuestamente para castigarlo y purificarlo, como si él tuviera la culpa de los pecados. Después de las comilonas o las revolconas el cuerpo queda tan inocente como antes. Allí arriba es la voluntad la que con sus perversiones y gustos pecaminosos toma al pobre cuerpo como instrumento.

Diríase que el universo entero como tal padece también un desajuste. Algo anda mal entre los astros y en otros mundos seguramente habitados por seres inteligentes, después de lo que sucedió con los ángeles rebeldes y la lucha entre Lazbel y Miguel. ¿En qué consistió el desacuerdo, no lo sabemos, pero por nosotros mismos podemos _____, ya que las inteligencias, por su don de la libertad, son naturalmente inquisitivas, inventivas, creativas y dominadoras, de tal manera que llevan consigo el peligro de extraviarse. Ahora lo importante es que Dios, que es el supremo ordenador, no va a tolerar para siempre los desajustes, ni en la humanidad ni en el conjunto del universo, así que (nos atrevemos a pensar nosotros) llegará el momento del límite entre las dos voluntades, la de Dios y la del hombre y de los demás seres inteligentes, y entonces Dios recogerá, reordenará y restaurará todo lo creado, poniendo cada criatura en su lugar originario. Así continuará la marcha de las galaxias por los espacios infinitos. En esa procesión que llamamos apokatástasis acompañaremos a Dios los ángeles, los hombres y los demás seres inteligentes que entonces conoceremos. Estamos convidados a esa fiesta universal.

Problema difícil nos presenta el concepto de la eternidad del castigo, definido como dogma de fe por la autoridad de la Iglesia. Losteó logos y pensadores desde la más remota antigüedad se han espantado ante tal idea y, amparados en la otra idea, más poderosa aún, del Dios misericordioso y de su voluntad salvífica universal (“Nuestro Dios, Salvados, quiere que todos los

hombres se salven”, se lee en 1 Timoteo, 2:3-4) aprietan su inteligencia pensando que ese Dios justiciero hará prevalecer en su corazón la misericordia sobre la justicia y al final llamará incluso a los condenados otorgándoles un indulto de perdón.

Mientras tanto la creación entera está en suspenso, en espera, en trabajo de gestación y con ansias de alumbramiento. La creación no es algo ya completamente terminado sino una obra que está continuamente saliendo de las manos de su artífice divino.

El pobre ser humano pierde el juicio ante tanta maravilla que es tan luminosa como misteriosa, y tan amable y adorable como oscura y aterradora. Los truenos y relámpagos como la oscuridad de las noches habitadas por monstruos lo hacen temblar y esconderse en cavernas. De esas cavernas ha venido saliendo a través de los tiempos históricos y es así como hoy en días las cuevas se han convertido en rascacielos y los inexistentes monstruos son científicos astronautas que se han adueñado del espacio interestelar.

A pesar de tan inaudito avance desde las cavernas hasta las cápsulas espaciales, el terror no sale del corazón del hombre: “El terror convertido en andancia y en soberbia no deja de ser terror.

El astronauta científico, igual que el descalzo que sigue en el analfabetismo primitivo, miran al cielo estrellado y se hacen la misma pregunta. Tal pregunta es inevitable, sea que se la hagamos a Dios o sea que la suframos

nosotros en nuestra oscuridad mental. Por temor y respeto, digamos que no nos atrevemos a interrogar a Dios, pero sí nos debatimos en nuestro razonamiento al mirar la bóveda estrellada y sobre todo cuando leemos que la astrofísica habla de nebulosas, de galaxias y de años luz. Espantoso, espantoso. Un temblor hecho terror nos impide seguir pensando. ¿Cuál es el objeto, la intención, el designio de semejante derroche de belleza y de poder? ¿No se están malgastando y sí aterrizando tantas estrellas?

Desde luego, al Creador no le aterran sus obras; al contrario, se deleita en ellas y se guarda sus designios. Vaya que si hay tiempo y lugar para ello en la eternidad.

Está tan encantado Dios de sus criaturas, sobre todo de las humanas, que bajó a unirse con ellas y a habitar en su mundo, a sabiendas de que lo iban a desconocer y a tratar mal, hasta el grado de crucificarlo, crimen que cometió nada menos que su pueblo escogido, sin darse cuenta de lo que hacía.

¿Habrán tenido el Creador casos semejantes de ingratitud con seres inteligentes de otros astros, estrellas, planetas o como se quiera llamar a los innumerables cuerpos celestes que recorren el firmamento? Se pone atontada nuestra mente y se pierde imaginando posibilidades inverosímiles. Quizás pensamos así partiendo de la subliminal suposición de que no somos los seres humanos las criaturas más desobedientes y desagradecidas que ofendemos a nuestro Señor. En todo caso, no está fuera de la lógica pensar que en el

universo, a partir de los ángeles rebeldes y del hombre cuya historia comienza con la manzana del pecado original, habrán sucedido desviaciones que han contrariado a la sabia intención del Creador. De ahí, es también lógico pensar que Dios no va a dejar las cosas a la deriva, sino que está dispuesto a remediarlo todo al final para que se cumplan sus sabios designios. Eso es lo que significa *apokatástasis*, vuelta al origen, recuperación de lo perdido, sanación de lo dañado y embellecimiento de la obra total.

La apokatástasis tendrá dos manifestaciones, la una la cósmica universal, la otra la que experimentará la humanidad gozando su heroseamiento en la tierra. A nosotros, los terrenales, es esta última la que nos interesa, nos atrae y la deseamos con todo nuestro ser de condición contingente. Será la sanación, recuperación, reivindicación y terminación triunfal de la peregrinación que hemos caminado dando vueltas y revueltas por el globo.

¿Cómo será nuestra ontológica y esencial recuperación? El hombre, el hombre verdadero y total, la humanidad, todos y cada uno, con su nombre y apellido, incluyendo los antes condenados que llegarán sin señal alguna de quemadura, nos reuniremos y nos reconoceremos. Espanto y terror sentimos, a la vez que entusiasmo o endiosamiento, al decir esto, pero así será la apokatástasis, acontecimiento de ensoñación que no ha salido de nuestro _____ sino que nos viene de sabios y santos teólogos de la remota antigüedad.

La reintegración y realización gloriosa, en su forma terrenal y humana, tiene una manifestación particularizada si la vemos en un país determinado, en cada pueblo de la geografía. Digamos que es el desarrollo pleno de la racionalidad, el *homo sapiens* luciendo la brillantez de una inteligencia sana y sin mancha. Semejante hombre, aparte de los cortos días de Adán antes del pecado, nunca ha existido. Solo se ha mantenido en el recuerdo, en la nostalgia en la ilusión utópica, es decir, en la tendencia subconsciente que Dios ha puesto en el corazón de su criatura preferida y la cual llegará a hacerse realidad, a pesar de los atrasos y errores cometidos, al final de la historia.

Mientras tanto, lo que se aconseja al hombre es que no pierda esa imagen ideal y original de sí mismo, a cuya realización está destinado, aunque ahora la tenga afeada y maltratada por los sufrimientos, desventuras y maldades de la historia. Junto a la tristeza, la decepción y la vergüenza de los fracasos, está la nostalgia y la ilusión del ser perfecto que debe ser, según la imagen del modelo divino.

VI. Mientras tanto

Hasta aquí, nuestras reflexiones filosóficas y nuestra vida misma de pensar y hacer han tenido una inclinación escatológica, dejando la aclaración de todos los enigmas en manos de un poder superior que tiene todo preconcebido y en el cual confiamos no ciegamente sino con certeza. Pase lo que pase, vamos por un camino ya trazado que lleva correcta orientación.

Así las cosas, existe el peligro de que confiemos demasiado en lo ya predispuesto, sin poner nada de nuestra parte. Grave equivocación. Falsa interpretación de lo que es el destino. Esquivez e indolencia. Escapatoria cobarde. Hundir la cabeza en el suelo, para no ver los peligros, como se dice que hace el avestruz.

Supuesto que así sea el destino del hombre, que todo esté predispuesto y que al final suceda una *apokatástasis* triunfal, ¿qué hacemos nosotros en lo que se llama historia? ¿Qué hacemos mientras llega a cumplirse el plan de la sabiduría divina? Dios sabe lo que ha dispuesto, pero a nosotros, sus criaturas, mientras tanto, ¿qué es lo que nos toca hacer?

Para comenzar, advirtamos que no es lo mismo “mientras tanto”, ¿hacemos algo “para mientras”? No siempre. Aunque sea para llenar el espacio del “mientras tanto”, lo que hacemos no tiene porque limitar su importancia solo para ese momento, sino que puede en muchos casos estar orientado a un propósito posterior y superior.

“El “para mientras” es solo para el momento, siempre corto, fugaz e incierto. En cambio el “mientras tanto”, o sea lo que se hace antes de que venga un tiempo más largo e importante, puede tener validez y utilidad para un futuro.

Hay acciones instantáneas que llevan oculto un valor de trascendencia. Hay momentos que están preñados de eternidad.

Desde esta perspectiva es de donde se debe ver la historia de la humanidad. Así es como

se les halla significado y utilidad a las culturas, a las religiones, a las naciones y a la vida misma particular de cada uno de los seres humanos.

Veamos así la biografía del más insignificante e ignorante individuo de un pueblo desconocido. Es un ser racional que merece ser llamado hijo de Dios. Es un ser normal, digno y laborioso que vive, trabaja y ama. Tiene esposa, tiene hijos, tiene parientes y convivientes. Para Dios no es un individuo cualquiera. Es tan valioso e importante como el más poderoso de los reyes y el más brillante de los sabios.

Menuda responsabilidad la que de aquí se desprende, pero a la vez magnífica oportunidad que Dios nos da para lograr, a cada momento y con mínimo costo los más elevados resultados. La responsabilidad es el cuidado que debe tenerse en hacer cada cosa bien, hasta lo que parece no tener ninguna importancia. Una mirada, un gesto, un paso, un sí o un no.

Hermosa y grandiosa, misteriosa es la vida del hombre. La ruta que debe seguir día a día se le señala el sol, el sol que viene del oriente, siempre sonriente y que va en busca de la luna. Ardiente es el Sol, fría la luna. Llamada es el sol, ténpano la luna. Varón es el sol, mujer la luna. El sol es imperturbable, incambiable. A la vez horizontal y vertical. A la vez ascensional y profundo. Guiado por estas dos luminarias el hombre camina seguro poniendo sus pies sobre guijarros diamantinos. Con las acciones de los pasos del hombre, crujen de felicidad los guijarros y las arenas. La tierra entera se siente feliz al ser poseída por el hombre.

El error más grande de los seres humanos es haberse tragado la mentira científica de que la tierra es redonda. No, señores, la tierra no es redonda; es una pista de la cual despegamos en el momento de la muerte para remontarnos al espacio libre. Las palabras existencia y trascendencia riman muy bien. Existimos para trascender. El verdadero ir es subir.

Caminemos con la cabeza levantada y los ojos fijos en el cielo. Allá nos están esperando. Cuando acabe de llegar el último habitante inteligente de la tierra, entonces comenzará la *apokatástasis*, el gran final, la fiesta universal y la gira de todas las criaturas con Dios por las constelaciones, las nebulosas y las galaxias.

Entonces sí veremos que la infinitud del universo tiene sentido, unidad, estructura, hermosura y vida, bajo el mando y amor de su creador. Sólo entonces la humanidad entera sentirá y gozará su unidad, su finalidad y su razón de ser como estructura conjunta, articulada orgánicamente con los demás seres inteligentes que seguramente viven en otros astros. Pensémoslo con seguridad, no como ocurrencia desorbitada.

Nosotros vulgarizamos y cotidianizamos el tiempo, midiéndolo por día, horas, minutos y segundos. Es un medir mirando hacia abajo, lamentando que la vida pasa y desaparece, en una continua autodestrucción, rumbo a la nada. Pero hay también otra mirada hacia arriba, hacia el futuro indetenible de los años, los siglos y los siglos de los siglos, amén, *persaecula saeculorum*. Sin embargo, la división minimizadora e impaciente es muestra

de gran aprecio y un acto de masticación y saboreo que manifiesta el hambre del ser viviente digeridos por el alimento que Dios le derrama desde el cielo.

Vista así la actividad oficiosa de la historia, el transitar inquieto de las gentes por los países del mapamundi, el nervioso emigrar de un lugar a otro, se comprende la causa de este continuo cambio y se ve que somos la sombra y el croquis de un dibujo que Dios nos está marcando con un compás desde arriba, así como lo gráfica el artista místico inglés William Blake, en la figura del *Ancient of days*, el Anciano de los días. Es lo que también expresa el poeta español José Zorrilla, en su poema “Las nubes”, cuando las contempla que pasan todos los días por el firmamento y con las sombras que trazan sobre nosotros nos señalan caminos y nos previenen de peligros y posibilidades. Las nubes nos hablan y a veces se enojan rugiendo fieras con truenos espantoso y relámpagos de fuego.

De la situación atmosférica del hombre en su relación con el firmamento se deduce una grandiosa visión antropológica de contenido teológico. Es la visión de que Dios nos guía por medio de las nubes, los cirros, cúmulos estratos nimbos de la meteorología. De allí las estaciones del invierno y verano, del otoño y la primavera, semejantes al bien y al mal, a la tristeza y a la alegría. Todos los valores se organizan y armonizan en una arquitectura de arte e ingeniería, de física y de química vivas. La humanidad es un laboratorio en el que solo Dios sabe la clase de hombres que tiene proyectado producir y que serán los santos y

los sabios de los últimos tiempos. La química cosmetológica de Dios no va a fallar.

Por el momento, o sea mientras tanto, lo preocupante e incierto es la acción de cada uno de los individuos que se mueven en la mezcla y cuya participación es variada e inconstante, según el poder de su libertad. No todos son buenos colaboradores de Dios. Nuestra libertad es una prueba y una contradicción. Somos libres en las manos y en los pies, pero caminamos y trabajamos con los ojos medio abiertos y cegatones. No miramos bien. No ponemos suficiente atención. Nos entretenemos o nos precipitamos. De allí el extremo cuidado que debemos tener en nuestras acciones. La ayuda del tacto es indispensable.

¿Pero, qué estamos entendiendo por tacto?

El tacto es el sentido más humilde y más servicial. Está distribuido en todo el cuerpo y es el que más tiene que ver con la salud y el bienestar. Las expresiones “sentirse bien” o “sentirse mal” se refieren a toda la persona, cuerpo y alma, en una forma que es una sensación general de sabor táctil. A veces el que así se expresa lo hace tocándose el pecho y sobándose el abdomen con las dos manos. La ciencia experimental hace una cosa parecida en todas las regiones y zonas de su vasto territorio. Todo lo toca y lo mide, explicándoles, después del tacto, todos los demás sentidos. A través de las desconfianzas y de la duda, pasando por la prueba de la experimentación, busca la certeza y la seguridad, es decir, la verdad.

Es necesaria la ciencia, no basta la fe, y que se santigüen escandalizados los miembros de las religiones. Es necesaria la ciencia y son necesarios los científicos, esos santos laicos que a veces ostentan ínfulas de ateos. Ellos son, sin intentarlo auxiliares de la fe.

La intervención de la ciencia para desentrañar el enredo de las acciones, la divina y la humana, en el trabajo del laboratorio de la historia, se expresa en ese invento que nos asusta y acaba de enredarnos, la evolución, la cual no nos hace ningún favor al hacernos descender de los simios, lo que choca con el romance geneníaco de la formación de Adán y Eva. ¿Qué ha pasado aquí? Peor aún: ¿qué nos sigue pasando todavía y habremos de llegar por fin a la máxima utopía antropológica del superhombre? Los dos enigmas, aún no resueltos, nos confunden y nos espantan, el simiesco del origen y el ultrautópico del hombre angélico, ambas ensoñaciones producto de la mente exaltada de los científicos.

Otra vez exclamamos: ¿qué nos está pasando? ¿Por qué parte del camino vamos? Bajamos la cabeza y nos quedamos pensando. Nos queda mucha historia todavía. ¿Aguantará el planeta tierra? ¿O hallaremos la solución hasta que estemos ya trasladados como mojados e ilegales en otro astro? Y otra vez nuestra ingenua reflexión: Paciencia, paciencia, que hay bastante espacio en el firmamento.

La estrechez está aquí abajo. No invadimos con nuestras miradas y miras estrechas la inmensidad de los designios que tienen sus

propias órbitas allá muy altas. Respetemos el territorio del Altísimo y pongámonle atención al metro cuadrado en que cada uno de nosotros se encuentra parado.

Aflictivo es el hecho de que es nuestra piel la que nos tiene envueltos y amarrados en un saco

del que no nos podemos salir. Aquí se limita nuestra responsabilidad. Si administramos este territorio de huesos y músculos, habremos cumplido nuestro deber y merecido la *corona iustitiae* de que habla San Pablo.

Bibliografía

- "El existencialismo como actitud ante la vida". Tesis de bachillerato del Dr. José Miguel Fortín L.
- "Lo que verdaderamente dijo Gaudhi". Jean Herbert. Edit. Aguilar, México 1974 BMR-XIV-B-14
- "Ciencia y literatura". P. Juan Bertis. Imprenta Nacional de El Salvador, 1941 MBR-XVI-A-50
- "La fe de nuestro poder", Jaime Gibbons, Edit. Revista Católica, Texas, 1947. BMR-VIII-B-23

- "Historia Natural". Instituto Galach. Barcelona, 1972
- "Compendio de teología". Santo Tomás de Aquino. Editora Cultural. Buenos Aires 1943, BMR-VIII-B-67
- "Tratado de la verdadera devoción a la santísima Virgen". San Luis María O. de Montfort. Editorial Difusión, Buenos Aires. BMR-V-E-4
- "Aristide Maillol", Julio E. Payró. Edit. Poseidón, Buenos Aires, 1942. BMR-VIII-D-14
- Men who have walked with God. Sheldon Cheney. New York 1945. BMR-XXIV-D-22